

Sociedad nueva en un mundo envejecido

Hace apenas unas horas que la cuenta atrás ha comenzado y menos de mil días nos separan de un nuevo siglo.

Un nuevo siglo, un nuevo milenio que se fragua sobre un mundo declarado como viejo. Pero, ¿cómo imagino que será esta anunciada numerosa población anciana del mañana?

La imagino formada por distintos estratos de personas mayores: los sólo administrativamente mayores, recientemente jubilados, sanos y enérgicos, participativos social y políticamente, formados, exigentes, con tiempo libre y con ganas de vivirlo, respetados; los mayores en transición: sin el vigor de los anteriores, pero con un nivel de autonomía importante que les permitirá seguir viviendo generalmente en sus domicilios, junto a su pareja, en torno a los hijos, con una alta supervivencia y todavía un alto nivel de actividad y participación, condicionada por la prudencia y relacionada con sus valores, preparación economía, etc; los mayores con fallas: problemas varios que afectan la salud, que disminuyen la independencia y que requieren habitualmente de ayuda moderada de sus familiares y de los resortes sociales y sanitarios; sus desplazamientos son más breves, su entorno circunscrito a su barrio, exigentes todavía en demandar cuidados de calidad. El último subgrupo lo compondrán generalmente grandes viejos, muy grandes y frágiles grandes viejos.

¿No les parece como si alguien hubiera cometido el error de incorporar al actual grupo de los mayores, en esta escala que ahora imagino, un estrato con aquéllos a los que hoy todavía les quedan al menos diez años para alcanzar la edad de jubilación?

No sólo deberá alertar la circunstancia en ese nuevo mañana de un gran acúmulo de veteranos, sino que éstos, imagino, no podrán ser comparables con aquéllos que compusieron un grupo socialmente manso y callado en creciente aumento numérico, pero todavía minoritario en aspectos como la exigencia o la participación social y política.

Los últimos años de este siglo se han caracterizado en los países en desarrollo por un ascenso en la consecución de algo conocido como "la sociedad del bienestar". Logros que, para este grupo de ciudadanos, se han podido traducir:

- En pensiones más universales y dignas, pero con una amenazante sombra de supervivencia.
- En el desarrollo de programas con planes gerontológicos con áreas específicas de intervención impresas, pero sólo iniciadas con rigor en algunos países, regiones, ciudades o barrios.
- En ayudas públicas que faciliten el mantener al anciano en su medio, donde siempre vivió, que se han multiplicado, pero todavía no garantizan una asistencia "total".
- En mejoras en la respuesta sanitaria a los mayores, pero sólo con discretos cambios en la formación de los profesionales, dotación de establecimientos, etc.

¿Cómo, entonces, deberá ser la nueva sociedad en un mundo envejecido?

Más previsor, rápida en sus maniobras, participativa e inconformista, más justa, ética, organizada en cuanto a modelos de atención asistencial, creativa en el diseño de nuevas fórmulas, coherente con el nivel de bienestar que se podrá mantener y garantizar en ese futuro.

Utilicemos estos escasos mil días para preparar ese mañana, esa nueva sociedad en un mundo envejecido.

J. Javier Soldevilla Agreda
Presidente S.E.E.G.G.